XVII

Congreso Internacional de Medicina

Londres 1913



Ceremonia de Apertura

del

…eo Histórico Médico


22501689232

21 Copies, August 1936

XVII

Congreso Internacional de Medicina

Londres 1913

Ceremonia de Apertura

del

Museo Histórico Médico

presidida por el

Sr. Dr. Norman Moore

Presidente de la Sección de Historia de la Medicina

54A, Wigmore Street, Londres, W.

Martes, 24 de Junio de 1913

Contenido

Ceremonia de Apertura

del

Museo Histórico Médico

Alocución por el Sr. Dr. NORMAN MOORE, F.R.C.P.,
Presidente de la Sección de Historia de la Medicina

Sr. Wellcome, Señoras y Caballeros: Se me ha pedido que haga la declaración de apertura de este Museo, porque toca la casualidad que soy presidente de la Sección de Historia de la Medicina en el Congreso Médico Internacional que se reunirá en Londres en el mes de Agosto. Me es grato tener la oportunidad de tomar la palabra en esta ocasión, porque veo claramente que este Museo será de la mayor importancia para ayudar á la Sección del Congreso que presido, y que será de interés no sólo á esa sección particular, sino probablemente á la mayor parte de las siete mil personas que, de todos los confines de la tierra, vienen á Londres para asistir al Congreso.

Los museos son tan familiares á todos nosotros en la época presente, que nos vemos, quizá, inclinados á pensar que han existido siempre desde el principio de los tiempos; pero no es así. Son relativamente modernos auxilios para el estudio. El Sr. Dr. John Dee, algunos de cuyos libros tenemos en la biblioteca del Royal College of Physicians (Colegio Real de Médicos), reunió, en conexión con su biblioteca, un pequeño museo en el reinado de la Reina Elizabeth. Contenía principalmente instrumentos matemáticos y astronómicos y otras varias curiosidades. No era una colección muy importante, y la mayor parte de él fué destruído por el populacho que creía que el Dr. John Dee era un nigromante maligno.

El primer museo de importancia que se fundó en Inglaterra fué el de John Tradescant y de su hijo, John Tradescant, en Lambeth. Los dos Tradescant habían sido jardineros.

Trajeron á Inglaterra muchos de los arbustos que ven Uds. ahora en los jardines de Londres. También coleccionaban hierbas relacionadas con la medicina, y formaron este primer museo general. Tradescant hijo publicó un catálogo de su museo en el año de 1656. Contiene no menos de quince secciones separadas de curiosidades: pájaros, bestias, peces, plantas, insectos, instrumentos de guerra, monedas, medallas y otros objetos, terminando con una lista de los benefactores del museo. Muchos de los que estamos aquí presentes hemos visto un ejemplar que perteneció á ese museo. Está en dos partes, y consiste en la cabeza y pata del extinto dodo que se conserva ahora en el Museo Ashmoleano de Oxford. En los tiempos más oscuros de esa universidad — Uds. saben que todas las universidades, aun las más grandes, tienen ocasionalmente períodos en que su sabiduría se anubla por la indolencia — en uno de estos oscuros períodos, la Universidad de Oxford destruyó el cuerpo de este pájaro singular, pero afortunadamente su cabeza y pata se conservan todavía. El museo de los Tradescant pasó á poder de Elías Ashmole —Tradescant hijo se lo dejó — y de esta manera llegó á ser la base del Museo Ashmoleano de Oxford. Poco después de su época James Petiver fundó en Londres un museo muy importante. James Petiver era un hombre educado en la Rugby School, y debe ser tenido como una de las glorias de esa celebrada institución. Vino á Londres y entró como meritorio con el Sr. Feltham, boticario de St. Bartholomew's Hospital. Prosperó en su ocupación habiendo llegado á ser boticario de la Charterhouse. Mientras estuvo ahí, además de cumplir con los deberes de esa estación y llevar á cabo una extensa práctica médica, reunió colecciones entomológicas y botánicas de todas partes del mundo; conoció con este motivo á un gran número de capitanes de mar, y estos capitanes le traían otras cosas que no eran plantas ni insectos, llegando de esta

manera su museo á contener toda clase de objetos naturales. Petiver tenía también una muy considerable biblioteca, y vale la pena recordar que todos estos primeros museos estaban asociados con bibliotecas. Petiver murió en 1718, y Sir Hans Sloane, Presidente del College of Physicians y de la Royal Society, compró todas sus colecciones. Había comprado antes el museo que se conservaba en las piezas de un Sr. Curten, ó Charlton — pues decía llamarse de las dos maneras — en el Temple, y Sloane añadió muchos más ejemplares á estas colecciones, formando así una gran biblioteca y un museo en casi todas las ramas de la ciencia. Ese museo, como estoy seguro que todos Uds. saben, lo regaló á la nación bajo ciertas condiciones. Fué el principio del British Museum. Era, por consiguiente, en su forma primitiva una biblioteca rodeada de colecciones de ejemplares que ilustraban todo lo que estaba contenido en los libros de esa biblioteca. Esa era el propósito original, en la primera época de la formación, de los museos. Existe un catálogo muy interesante de uno de estos museos, el de Francis Calceolari de Verona, que apareció en el año de 1622. Ocupa 800 páginas folio, y da una idea de la actividad de los coleccionadores de ese tiempo, lo mismo que del amplio campo de interés que sentían. Hay una ilustración del museo al principio del catálogo. Era una sala oblonga, con el pavimento de una variedad de mármoles, y al derredor en las paredes había aparadores con cajones donde estaban los ejemplares, mientras que en los anaqueles había ejemplares en frascos y otros secos aislados, y encima de ellos varios pájaros disecados. De un lado del museo estaba una estatua de Atlas sosteniendo el mundo, como para mostrar que los ejemplares habían venido de todas partes de él; en el otro, una de Minerva, como para indicar que toda clase de conocimientos podían obtener ayuda de él. Colgaban del techo numerosos reptiles y peces secos. En uno de los extremos

había libros. Esta era la primera idea de un museo. "Todo lo que la tierra posee, todo lo que las profundidades del mar esconden, ha sido coleccionado por el trabajo y habilidad de Francis Calceolari," dice un verso latino en el catálogo.

El obsequio del Dr. William Hunter á la Universidad de Glasgow era otro museo de este tipo. Contenía ejemplares patológicos, anatómicos y de historia natural, manuscritos, libros, pinturas y monedas.

Actualmente tenemos un museo que sigue exactamente el proyecto original, una gran biblioteca rodeada por colecciones ilustrativas, en el British Museum. ¡Que continue así por mucho tiempo! Es una inmensa ventaja para el público tener cuando menos una colección universal como ésta entre nosotros. Pocos años más tarde empezaron á formar una clase más limitada de museos. El celebrado Sir Thomas Browne de Norwich tenía un hijo, el mayor, Dr. Edward Browne, quien, después de obtener el grado de Bachiller en Medicina en Cambridge, vino á Londres en 1664. Ha dejado un diario muy interesante de lo que hizo durante su visita, y menciona en él haber ido á ver á Edmund King, que vivía en Little Britain y era cirujano del St. Bartholomew's Hospital. Edmund King le mostró su colección de preparaciones anatómicas, de gran interés todas ellas para este joven bachiller en medicina. Este era un ejemplo de una colección relativa á un solo asunto. Woodward, el geólogo, poco tiempo después reunió una colección de fósiles en pequeños gabinetes que puede verse hoy día en Cambridge, donde fundó el puesto de Profesor de Geología. Muchas otras colecciones se reunieron, pero la más importante de todas fué la de John Hunter. Él, en su propia casa, reunió una vasta serie de ejemplares, no á la ventura, sino ilustrativos de los principios que tenía en su mente y las verdades que se esforzaba en encontrar; una colección principalmente relativa á la anatomía y patología comparadas y anatomía normal,

comprendiendo también otros ejemplares. Esa colección, como todos Uds. saben, está ahora bajo el cargo de Sir Rickman Godlee y sus colegas del Royal College of Surgeons, que han dado pruebas de ser admirables guardianes y mejoradores de la colección, y han aumentado ejemplares en todas direcciones, de manera que han producido uno de los más importantes museos especiales de Europa.

De museos especiales el que se me ha pedido que declare hoy abierto es un nuevo ejemplo. Un museo que ilustre la historia de la medicina nunca se había intentado antes en Inglaterra. La historia de la medicina es un asunto que puede perseguirse de muchas maneras. Se divide en dos grandes ramas, y estas dos grandes ramas creo que están bien representadas por dos de las figuras que puedo ver frente á mí en el piso bajo. La primera es un ser curioso con una máscara negra, con plumas en la cabeza, con un collar de dientes de la ballena de esperma, y con un curioso instrumento para encantos mágicos en la mano derecha y la izquierda en actitud de señalar algo, así es que me puedo imaginar á este ser pronunciando un extraño conjuro. Es Ixtlilton, el dios de la medicina de los antiguos mexicanos. Puede tomarse para representar la parte del origen de la medicina que tiene que ver con las supersticiones locales, con los amuletos y encantamientos. Del otro aspecto de la historia de la medicina puede tomarse como tipo la copia de la estatua del Apolo del Belvedere, esa estatua que es quizá la representación más grandiosa en la escultura, de la inteligencia viril, fuerza viril y belleza viril. Apolo, el dios que en la mitología griega estaba asociado con la medicina, de varias maneras con el dominio de las enfermedades, y, según sus pensamientos curiosamente vagaban, con la causa de las enfermedades. Apolo y su hijo Asklepios, cuya estatua se encuentra aquí también, parecen hombres pensativos, capaces de observación y llenos del

poder de formar juicios de lo que observan. Así presentan otro punto de vista de la historia de la medicina. Podemos sentir fácilmente que representan hombres que eran los verdaderos antecesores, los verdaderos observadores que precedieron á Hipócrates, á Galeno y á Avicena. Cuando leemos á Hipócrates y Galeno y buscamos entre las numerosas páginas de Avicena, todos los que lo hacemos con cuidado, debemos sentir que el sendero desde ellos hasta Harvey y Glisson y Sydenham y Matthew Baillie y Lister, tan largo como pueda ser, es, sin embargo, una ruta contínua, y que estos hombres del pasado—Hipócrates, Galeno y Avicena—fueron los verdaderos predecesores, y fueron hombres de las mismas miras, el mismo modo de pensar, la misma esperanza de ampliar la medicina por medio de la observación, como fueron Harvey, Glisson, Sydenham, Matthew Baillie y Lister. Las dos direcciones, una de las cuales la mayor parte de los estudiantes de la historia de la medicina se inclinan á seguir, son hacia las tradiciones del pueblo ó hacia el aspecto de la medicina como parte de la historia de la mente humana cultivada ya. Por mi parte yo me inclino á preferir la última, sin desear el más mínimo detrimento de la primera. Á los que les agrade la línea de estudios cuyo tipo es Ixtlilton, encontrarán en el salón de la entrada bastante para ocupar su atención. Ahí pueden ver muchos fetiches y trajes curiosos de los hombres que se dedican á la medicina en el África Occidental y Central; numerosos amuletos en uso ahí entre las tribus paganas, y el gran dios de la medicina de Nueva Zelandia. Están colocados con mucha propiedad cerca de la entrada de este museo. Entra uno al salón donde ahora nos encontramos, en el cual, además de Cheiron, Apolo, Hygeia é Ixtlilton, están colocados modelos de los dioses que presidían la medicina entre los caldeos, egipcios y otras naciones de la antigüedad; y en las vitrinas hay una gran cantidad de

instrumentos que muestran su variación desde tiempos remotos. Simplemente estoy tratando de dar á Uds. una idea general de lo que contiene el museo, que recorrerán dentro de poco. En seguida se llega á la escalera, y pueden ahí ver los tres santos que en la teología cristiana están relacionados con el estudio de la medicina—San Lucas, San Cosmé y San Damián, y al subir la escalera encontrarán en las paredes muchas pinturas. Estas son iluminaciones ampliadas de las que hay en los manuscritos, y son series sumamente instructivas que ilustran enfermedades, operaciones y la manera de cuidar á los enfermos. En las vitrinas al derredor de la galería verán Uds. gran número de amuletos. Ahora no piensen que estos amuletos son todos asuntos de la edad media. Muchos de ellos se han recogido en la East End (extremo oriente) de Londres ó en varias partes del campo de Inglaterra en nuestros días. Recuerdo muy bien la primera ocasión en que me dí cuenta del hecho de que los amuletos forman parte de la creencia viviente de las personas educadas, en muchos casos, en este país. Estaba como huésped en una casa de las *Highlands*, donde también estaba una señora. Un día sacó del bolsillo algo que parecía una pequeña piedra dura, y me la enseñó preguntándome si sabía lo que era. Yo le contesté que creía que era una piedra, recogida quizá en la playa. "No," me dijo, "es una patata. Se ha puesto dura por cargarla en mi bolsillo. La llevo como remedio para el reumatismo crónico que he padecido hace mucho tiempo." Le pregunté de donde la había tomado. "Bien," me dijo, "no me avergüenzo de decir cómo vino á mi poder. Estaba yo en Dunrobin, cuando supe de este remedio, pero tenía esta dificultad: me habían dicho que la patata no me haría ningún provecho para mi reumatismo á menos que fuese robada. Yo no podía soportar el gravar mi conciencia ni aún al precio de mi salud; así es

que le hablé de mi dificultad á la Duquesa de Sutherland, y ella me dijo: '¡Oh, no hay dificultad! robe Ud. la patata del jardín, es una patata del Duque, no lo sabrá y será verdaderamente robada para su propósito.'" Así es que la señora robó la patata y la llevó en el bolsillo, y, de acuerdo con su relación, se curó del reumatismo. Cuando regresé á Londres y le conté esto á Sir James Paget, que entonces estaba en su apogeo, "¡Oh!" dijo, "cuando, hace algunos años, tuve que atender á una señora de muy alto rango en este país, que tenía una afección en la articulación de la rodilla, constantemente recibía cartas, suplicándome que introdujera patatas recién peladas ó patatas frescas en su cama, ó que las pusiera en un cesto debajo de su cama, asegurándome que, si lo hacía así, inmediatamente se aliviaría." Ahora, la primera superstición definida relativa á un amuleto con que tropezé en mi vida, es de lo más interesante, porque pueden Uds. observar que, como la patata no fué introducida en este país sino hasta el tiempo del Rey James I, la superstición no puede haber tenido su origen en la edad media ni en las épocas oscuras de los tiempos clásicos: es una cosa moderna. Ahora esa es una de las ventajas de la historia de la medicina que abre nuestros ojos al hecho de que muy poco ha cambiado, á pesar de la educación y á pesar de la civilización, la mente humana para que una superstición de esa clase referente á un amuleto pueda prosperar en la época actual. Muchas más están ilustradas por los ejemplares que hay aquí. En el salón siguiente encontrarán Uds. una serie de cuadros, bustos y medallas que ilustran la carrera de los médicos, cirujanos y hombres interesados en las ciencias relacionadas con la medicina. Sería tarea muy larga seguramente si tratara de detenerme en muchas de ellas ó en algunas; pero en el extremo opuesto verán Uds. la serie más extensa que se ha llegado á reunir, según yo creo, de retratos del celebrado

Harvey, y entre ellos un busto del mismo que muy poca gente ha visto porque el original está sobre su tumba en la remota aldea de Hempstead, en Essex. Cuando el difunto Sir George Paget, hermano de Sir James, obtuvo su grado, habiendo estudiado en el St. Bartholomew's Hospital, estaba tan lleno de entusiasmo por Harvey que fué en peregrinación á Hempstead, vió ahí el original de este busto é hizo sacar varias copias de él. Esta es una de ellas, bondadosamente prestada por su hijo, el Sr. Charles Edward Paget. Sir George Paget regaló una también al St. Bartholomew's Hospital y una al Caius College. Es un busto muy notable, tomado con toda seguridad de Harvey durante su vida. En las paredes hallarán los retratos de casi todos los médicos de quienes han oído hablar en Inglaterra. Sir Thomas Barlow reconocerá un gran número de sus predecesores en el ilustre puesto que desempeña con tanto acierto — el de President of the Royal College of Physicians (Presidente del Real Colegio de Médicos). El salón siguiente contiene una muy hermosa colección de tempranas ediciones de libros impresos relativos á la medicina y cirugía. En la época de la Reina Elizabeth había un gran número de libros referentes á la medicina y cirugía — muchos más á la cirugía que á la medicina — publicados en Londres. Los médicos de esa época no creían compatible con la propiedad escribir en ningún otro idioma más que en latín; pero los cirujanos tenían diferente idea. Estaban principalmente interesados en los procedimientos de las operaciones y vivían entre el pueblo. Recuerdo que uno de ellos de ese tiempo díce: "Algunas gentes dicen que deberíamos saber latín; por mi parte no me importa nada si un cirujano sabe ó no latín, siempre que sea un buen artista," que significaba siempre que sea capaz de operar bien. Yo no creo que los escritores de la literatura inglesa les han hecho suficiente justicia á estos

cirujanos; no han observado cuán admirablemente, en las pequeñas anécdotas que dan relativas á sus casos, han sacado á luz la vida de la época en el lenguage diario de la misma. Muchos de sus libros se encuentran en este museo. Hay también un gran número de diplomas de los graduados. En las universidades italianas los diplomas para los grados estaban hermosamente iluminados y contenían formas de recepción muy originales que, hace mucho tiempo, se han olvidado en nuestras universidades. Se colocaba una sortija en el dedo de cada uno de los doctores; en algunos casos se le daba un beso en su admisión á la facultad; se le coronaba de laurel. Hay también algunos manuscritos latinos, árabes y persas sobre medicina, y un ejemplar de un documento muy interesante, un "album amicorum." Cuando la gente estudiaba en varias universidades, como lo hacían con frecuencia en el siglo XVII, acostumbraban tener un libro en blanco, en el que conseguían de cada profesor á cuyas conferencias asistían, y de cada amigo que tenían, que escribiera una pequeña inscripción, y algunas de ellas son verdaderamente encantadoras. Los profesores escribían mostrando su conocimiento del hombre particular de quien se trataba, ó sus deseos para su prosperidad en lo futuro. Los estudiantes de la universidad, en lugar de escribir, algunas veces dibujaban algo que no siempre tenía alguna relación particular con la medicina. Recuerdo uno en que hay una señorita magníficamente vestida, un caballo blanco haciendo cabriolas y un pavo real con la cola extendida, y debajo esta inscripción:

"Ein Pfau, eine Frau und ein Pferd
Sind die drei stolzeste Thiere auf Erd'."

Supongo que quizá la señorita era el objeto del afecto del estudiante, y que su amigo escribió esto como una especie de advertencia.

Después, siguiendo esos salones, se pasa al piso bajo y ahí se llega á una vasta área que contiene muchísimos ejemplares; en una de las paredes hay una serie de cuadros de Florence Nightingale; en muchas de las vitrinas se ven toda clase de lo que podría uno llamar instrumentos de enfermería mejor que de medicina y cirugía. Hay un modelo de la mesa de operaciones de Ambroise Paré. Uds. recordarán que fué el cirujano francés á quien primero se le ocurrió la gran idea, casi por casualidad, de que era mejor no verter aceite y vino en las heridas, sino cerrarlas sin estas adiciones. En seguida encontrarán una serie de modelos ilustrativos de la vida médica en otros tiempos.

Algunos grandes profesores de historia han insistido en que se debe empezar con lo que se puede conocer perfectamente en nuestra propia época, y así retroceder gradualmente á los tiempos de menores conocimientos; y el Sr. Wellcome ha seguido este plan. Lo primero que encuentran sus ojos es el despacho del farmacéutico que muchos de nosotros podemos recordar en Oxford Street, que fué construído en la última década del siglo XVIII. Ahí está, con su ventana de pequeños tableros, conteniendo una gran variedad de potes y tarros de farmacéutico en el interior. Después, al avanzar, si miran al cielo raso, percibirán impreso en él la receta de la Theriaca. Theriaca era la preparación conocida en la edad media y aún de los clásicos (puesto que Galeno la menciona), medicina que contenía casi mayor número de ingredientes que cualquiera otra droga compuesta. Digo "casi" porque en un tiempo había algunas que contenían más, pero Theriaca contenía bastantes. En esa fórmula hay 75 ingredientes. Se creía que era un buen remedio para la peste. En 1746 se intentó quitarla de la Farmacopea; pero los ingleses somos una nación muy conservativa, y no fué posible conseguirlo. No se quitó de la Farmacopea de Londres sino hasta el año de 1788. Precisamente debajo de esta

maravillosa prescripción, hay muchísimos hermosos potes de boticario italianos, y en seguida está una botica del Old Bailey en el año de 1662. Ahí está el boticario leyendo un herbario en su botica, un cocodrilo y un lagarto colgados del techo, y los potes azules propios de un boticario se encuentran al derredor de él en los anaqueles. Cuando lo miréis, no penséis que era un hombre analfabeta ó ignorante. No penséis que era un charlatán. No era nada de eso. Teníamos en el St. Bartholomew's Hospital en ese período un boticario llamado Francis Bernard, que permaneció en Londres durante la peste. Más tarde se le dió un grado en Cambridge y llegó á ser médico del Hospital y Fellow of the Royal College of Physicians. Tenía una de las más espléndidas bibliotecas de su tiempo. Con frecuencia he leído las páginas de su catálogo, y me he preguntado qué se han hecho las admirables riquezas que tenía. Pues bien, Francis Bernard — como el Master of the Society of Apothecaries, un sabio él mismo, que está aquí ahora, os lo podrá decir — no era la excepción en su profesión. Había muchos boticarios de esa época que vivían en boticas como la que está en este museo, que eran hombres de extensa ilustración y aumentaban con valiosas adiciones muchas ramas de la ciencia, especialmente la botánica. Próxima á esta botica se ve el taller de un alquimista, y exactamente enfrente una colección de cuadros de la peste; así es que nuestra mente se vuelve luego á la famosa comedia de Ben Jonson. Recordarán Uds. que en ella un habitante de la ciudad sale de ahí por la peste, y cómo un alquimista, por medio de sus criados, toma posesión de la casa y lleva á cabo toda clase de encantamientos en ella. Era un alquimista como el que está modelado aquí. La siguiente sala que ilustra el asunto es una farmacia italiana de época temprana, con todos sus hermosos potes perfectamente arreglados, sin una rotura, en una serie de anaqueles. Por

supuesto, así como la mente de Uds. se ha vuelto al teatro y han pensado en el alquimista de Ben Jonson, cuando vean esta botica, no podrán menos que pensar en Romeo y Julieta, pero verán que el farmacéutico de la farmacia italiana del museo del Sr. Wellcome ha prosperado en sus negocios muchísimo más que el pobre boticario de Mántua que vendió á Romeo el veneno. Próxima á estas ilustraciones está el modelo de un barbero-cirujano trabajando sobre el cráneo averiado de un paciente. Se ven colgadas por todas partes bacías y otros accesorios de su oficio. No penséis de él como si hubiese sido una persona ignorante y mecánica. No era así. Las circunstancias de la época lo hicieron, como William Clowes, uno de los barbero-cirujanos, dice, que no se avergonzara lo más mínimo de poder afeitar ó cortar bien el pelo á un hombre; pero tenía realmente el sentimiento científico, la inteligencia de investigar la verdad, el deseo de no causar á sus pacientes sino el menor dolor y de curarles con la mayor rapidez, como el cirujano moderno. De este tipo era este barbero-cirujano William Clowes, que fué cirujano del St. Bartholomew's Hospital en el reinado de la Reina Elizabeth. Empezó su vida sirviendo como cirujano en el ejército, y estuvo presente en ese famoso campo de Zutphen, hecho ilustre por la muerte de Sir Philip Sidney. Regresó á Londres y ejerció su profesión; y renunció su puesto en el personal del hospital con objeto de poder servir en la escuadra contra la Armada española. Escribió varios libros, todos ellos hermosos modelos de inglés característico, conteniendo muchísimas ilustraciones de la vida en el período Shakesperiano. Hay una más de estas representaciones de la vida médica del pasado. Es la casa de un cirujano del Imperio en Pompeya. Ahí está sentado, un hombre pensador indudablemente, con unos cuantos instrumentos á su lado. Cuando uno trata de resolver si era ó no competente, y hasta

qué punto lo era en su profesión, hay que examinar la literatura general de la época. En las obras de Petronius Arbiter, autor que se cree da una buena idea de la vida en una pequeña población de provincia fuera de Roma, cerca de Nápoles, precisamente donde se supone que este cirujano vivió, menciona el hecho de que un hombre tenía un esqueleto de plata articulado de manera de que los miembros pudiesen volverse en cualquier dirección, y todas las vértebras de la columna vertebral podían moverse de manera de que pudiera inclinarse para cualquier lado. Donde semejante esqueleto era un ornamento de la casa de un hombre rico, es fácil imaginarse que el cirujano en ejercicio debe haber tenido considerables conocimientos de la anatomía y de las otras partes de su profesión.

Por supuesto que hay innumerables cosas más que pudiera mencionar en este singular museo. No detendré á Uds. describiendo ninguna de ellas, pues van á tener la oportunidad de ir á verlas ; pero desearía señalar algo antes de terminar, y es lo siguiente : Que es motivo de justo orgullo, el que en nuestro país tantos espléndidos museos — como los de los Tradescant, de Petiver, de Curten, de Sir Hans Sloane, el Museo Geológico de Woodward, el Museo de William Hunter que está en Glasgow, el Museo de John Hunter en el Royal College of Surgeons — han sido todos formados por iniciativa y fondos de personas particulares. Este museo no es una excepción : ha sido formado enteramente á expensas y por los esfuerzos del Sr. Wellcome, que ha seguido estos buenos precedentes. El puesto de Conferenciante en la Historia de la Medicina fué fundado por un benefactor particular en el Royal College of Physicians en 1901, y hasta ahora es el único en Inglaterra. El Museo del Sr. Wellcome será una adición sumamente importante como un medio para el estudio de la Historia de la Medicina. Ahora, lo declaro abierto.

Sir THOMAS BARLOW, Bart., K.C.V.O., M.D., F.R.C.P., F.R.S., *Presidente del Real Colegio de Médicos, y Presidente del XVII Congreso Internacional de Medicina.*— Sr. Wellcome, Señoras y Caballeros: Todos vosotros estaréis ansiosos de uniros en el agradecimiento debido al Sr. Dr. Norman Moore por su altamente ilustrativa y fascinadora alocución. Yo también desearía, si no está fuera de lugar, añadir un nombre á la gloriosa lista de los cultivadores de los museos, y es precisamente el de uno que nos acaba de ser arrebatado — me refiero á Sir Jonathan Hutchinson. No es este el lugar, ni tampoco hay tiempo para hacer ninguna apreciación de ese gran hombre; pero es pertinente recordar que era uno de los que con empeño sostenían la obligación de desarrollar los museos, no solamente para el adelanto de la medicina, sino para el avance de la cultura general en toda la extensión del país. Había hecho grandes sacrificios, no sólo por su colección de ejemplares patológicos, sino también por los museos educacionales que fundó en Haslemere y en el lugar de su nacimiento, en el cual intentó mostrar el valor del estudio cronológico de los asuntos humanos á través de los siglos. En estos momentos creo que es oportuno recordar con gratitud á Sir Jonathan Hutchinson, que hizo tanto en este sentido.

Señoras y caballeros, estoy seguro que todos los que estamos en este museo hemos tenido alguna vez que afrontar el problema, el siempre ocurrente problema, de qué es lujo justificable y qué es lujo no justificable. Estoy seguro de que no solamente pasa esto en los grandes asuntos, sino que muchos de los que me rodean se han detenido ante un grabado, una acuarela, una moneda griega ó algún ejemplar encantador cualquiera que sea, y se han preguntado hasta qué punto estaría en regla gastar dinero en un objeto de esta naturaleza y hasta qué punto sería justificable para él hacerlo; y afirmo, sin temor de que nadie me contradiga, que el mismo

Sr. Wellcome, durante el largo período en que ha gastado tanto tiempo y energía para reunir esta magnífica colección, le debe haber ocurrido hacer de vez en cuando esta pregunta á su conciencia; pero, señoras y caballeros, yo creo que todos podemos asegurarle en este día, al recorrerlo y pensar en el inmenso goce intelectual que proporcionará, al pensar en el empeño de las personas de ambos sexos que siguen nuestra profesión en el arte de estudiar la evolución de la medicina como la podemos ver aquí, y cuando consideramos el incalculable provecho que proporcionará á las personas cultas pensadoras é ilustradas no sólo de nuestra profesión, sino á todas las que siguen el antiguo adagio romano: Nada de lo que es humano es extraño para nosotros — repito, cuando nos detenemos á considerar todas estas cosas, podemos decir con justicia al Sr. Wellcome, que debe tranquilizar su conciencia, pues puede estar seguro de que este museo ha sido un caso de lujo justificable; y yo creo que vendrá tiempo en que, reflexionando y considerando cuánta felicidad é instrucción ha proporcionado este museo á la presente generación y proporcionará á las que vengan más tarde, será un placer para él recordar que fué inaugurado por quien indudablemente es uno de los más hábiles eruditos en el estudio de la historia de la medicina.

Sir FREDERICK TREVES, Bart., G.C.V.O., C.B., F.R.C.S., *Vice-presidente del XVII Congreso Internacional de Medicina.*—Señoras y Caballeros: Tengo mucho gusto en secundar el voto de gracias al Sr. Dr. Norman Moore por su altamente científica é interesante alocución que Sir Thomas Barlow ha propuesto. No puedo menos que aprovechar la oportunidad para expresar al Sr. Dr. Norman Moore lo que la profesión médica le debe por sus contribuciones á la Historia de la Medicina, y el inmenso servicio que ha hecho observando y recordando las vidas de los que se han

distinguido en la historia de la medicina y cirugía en el pasado. Es una obligación ineludible, y que estoy bien seguro que todos los miembros de la profesión aprecian muy sinceramente. No detendré á Uds. haciendo ningunos comentarios acerca de este museo, y sólo diré: sería difícil exagerar la importancia y utilidad de él. El progreso de la medicina ha sido tan rápido que asombra y desorienta, y un museo de esta clase, establecido y arreglado como el Sr. Wellcome lo ha arreglado, permite á uno detenerse por un momento y echar una mirada retrospectiva al camino que hemos recorrido. Hemos llegado á una altura, á una gran altura seguramente, y es bueno mirar hacia abajo á la llanura que cruzamos y ver por qué pasos hemos alcanzado la posición que ahora ocupamos. Yo estoy seguro de que el progreso en una materia como la medicina y cirugía procede en direcciones que, aunque nos parezcan enteramente diversas, sin embargo en el fondo obedecen á uno ó dos principios comunes; y no se puede menos que notar en este museo, en cuanto al arte y ciencia de la cirugía concierne, en qué estrechas líneas se ha llevado á cabo ese progreso; y, sabiendo esto y estudiándolo se puede pronosticar hasta cierto punto qué dirección tomará el progreso en lo futuro. Es curioso ver en esta colección de instrumentos quirúrgicos que, aunque uno supone, en realidad el ingenio humano no tiene límite, ni hay límite para la aplicación é industria en materia de adaptar los medios al fin; es curioso ver, teniendo esta impresión, sobre cuán simples principios se ha llevado á cabo el progreso en conexión con los instrumentos quirúrgicos. Invariablemente empiezan como instrumentos complicados, y por grados van simplificándose más y más hasta resolverse en algunos de esos instrumentos muy comunes que nos son tan familiares en la época presente. No diré más excepto secundar muy sinceramente el voto de gracias al Sr. Dr. Norman Moore que se ha propuesto.

Dr. NORMAN MOORE.—Señoras y Caballeros: Agradezco mucho á Uds. su bondadoso voto de gracias. Me es muy grato haber interesado á Uds.; pero hay aquí una persona que es mucho más acreedora al agradecimiento de Uds., y me permito suplicar á Sir Rickman Godlee se sirva proponer un voto de gracias á él.

Sir RICKMAN GODLEE, Bart., F.R.C.S., M.S., M.B., B.A., *Presidente del Real Colegio de Cirujanos.*— Señoras y Caballeros: Tengo el gusto y el gran honor de proponer un voto de gracias al Sr. Wellcome, autor de esta maravillosa fiesta que tenemos ante nosotros — casi siento que deberíamos hacer votos por su salud cuando pienso en las peligrosas regiones á donde va. Ayer por la tarde tuve el gusto de que el Sr. Wellcome me hiciera recorrer algunas partes de su espléndido museo, y me impresionó sobremanera el modo interesante y muy modesto en que me enseñó algunos de sus magníficos tesoros. Pero hay otra fase del carácter y ocupación del Sr. Wellcome, que pocos de nosotros conocemos: y es un trabajo que se lleva á cabo en algunas de las partes más distantes de los dominios del Rey. Yo creo que el Sr. Wellcome es un hombre muy afortunado; en primer lugar, por encontrarse aquí esta tarde viendo todos los tesoros que ha coleccionado examinados por una multitud que los admira; y, además, porque tiene una afición que, á la vez de ser en extremo fascinadora, es inmensamente útil. El Sr. Wellcome tiene, como es sabido, laboratorios en África. Sabemos que no solamente tiene un laboratorio en tierra, sino también un maravilloso laboratorio flotante, del que pueden Uds. ver un modelo en el salón del frente de este museo, con el que hace la guerra, se puede decir, precisamente en el campo del enemigo; pues él y los empleados del laboratorio protegidos por un alambrado muy fino, pueden atacar los misterios del mosquito en el día y dormir, seguros de no ser atacados,

por la noche. De vez en cuando se envían de estos laboratorios los más hermosos informes escritos por el Director y sus colaboradores, que nos muestran no solamente el país en que trabajan, sino los espectros de los moradores que lo habitan y los moscos que los matan. Esto nos señala muy vívidamente la clase de trabajo que el Sr. Wellcome está llevando á cabo. Nos muestra que no sólo está altamente interesado en el estudio de las enfermedades tropicales, sino que se interesa en el estudio de la antropología; y todas estas cosas están combinadas en este maravilloso museo. Sin embargo, creo que el motivo por que especialmente deseamos manifestar al Sr. Wellcome nuestro agradecimiento por esta tarde, es por el gran espíritu de público provecho de que ha dado prueba empleando su tiempo y riqueza en formar este valioso museo. Veo con mucho gusto en el prólogo al principio del catálogo que es su intención de que este museo sea finalmente propiedad de la nación. Deseo, señoras y caballeros, desde todos estos puntos de vista, hacer presente nuestro más sincero agradecimiento al Sr. Wellcome por la colección que ha formado, y por habernos invitado á su apertura en esta tarde.

SIR FRANCIS CHAMPNEYS, BART., M.D., M.A., F.R.C.P., *Presidente de la Real Sociedad de Medicina, y Presidente de la Sección de Obstetricia y Ginecología.*—Señoras y Caballeros: Tomo la palabra con gran placer para secundar el voto de gracias al Sr. Wellcome por esta magnífica adición á los museos de esta Metrópoli. Creo que el sentimiento que más se posesiona de mi mente en estos tiempos es el de envidia hacia los jóvenes. Uno está casi terminando su carrera, y se detiene á considerar lo que habría podido llegar á ser, si hubiese tenido la oportunidad de empezar con toda la sabiduría que ahora se abre ante los ojos de nuestros jóvenes. Yo creo que, en la época presente, escuchar la voz

del pasado es lo más emocionante. Los que tienen la oportunidad de estudiar una colección de esta naturaleza, y echar una mirada retrospectiva á lo que sus antecesores hacían y pensaban, y lo que los habitantes de tierras lejanas han pensado y piensan acerca de este gran estudio de las enfermedades, no pueden dejar de tener su imaginación excitada de una manera seguramente fructuosa. Ésta me parece que es la parte más fructífera de un estudio como el de la historia de la medicina. Sé que está reconocida hasta cierto punto en las universidades donde los profesores de medicina, é indudablemente de otras materias, enseñan á los que principian sus estudios algunas de las mejores cosas que se han conseguido en el pasado. Ahora bien, no creo que nada de lo que se ha hecho recientemente en Londres es más capaz de excitar la imaginación del estudiante de medicina que una colección de esta especie. En verdad, y hasta donde mi influencia alcance, yo suplicaré á los jóvenes que están empezando el estudio de la medicina y sobre quienes tenga alguna influencia, que vengan y estudien cuidadosamente todos los hermosos objetos que pueden ver aquí, para que comienzen con sus mentes orientadas en la dirección apropiada. No haré más sino secundar cordialmente el voto de gracias al Sr. Wellcome, confiando que su gran empresa y generosidad produzcan frutos que pueda ver mientras viva.

Sr. HENRY S. WELLCOME.—Sr. Presidente, Señoras y Caballeros: Estoy profundamente agradecido por las generosas expresiones que han vertido Sir Rickman Godlee, Sir Francis Champneys y las demás personas que han hablado. Debemos agradecimiento especial á Sir William Osler, Sr. Dr. Norman Moore, Sr. D'Arcy Power, Sr. Dr. Raymond Crawfurd, Sr. Dr. A. J. Chalmers, y otros muchos hombres eminentes en todo el mundo que con tanta liberalidad me han ayudado de muchas maneras con bondadosos consejos, valiosas sugestiones

y su activa cooperación en todos sentidos que ha contribuído infinito al éxito de esta empresa. Muchos han manifestado su vivo interés prestando y, en numerosos casos, generosamente obsequiando objetos de la más alta importancia histórica. Puedo decir también que muchas de las grandes Instituciones han sido igualmente liberales en su cooperación y ayuda. También debemos agradecer a distintos individuos de mi personal el haber clasificado y dispuesto convenientemente los objetos. Su tarea ha sido, como Uds. apreciarán, muy grande.

Los vínculos oficiales que tiene este museo con el Congreso Médico Internacional que dentro de corto tiempo se reunirá en Londres, del cual es Presidente Sir Thomas Barlow, y cuya Sección de Historia de la Medicina está dirigida por el mismo digno Presidente de esta reunión, me animan sobremanera en esta empresa. La cooperación de la Sección de Historia de la Medicina altamente enaltece el valor y utilidad del museo.

Este museo está, a mi juicio, solamente en sus principios, aunque su colección y organización hayan ocupado muchos años. Tengo la intención de fundar en Londres un Instituto de Investigaciones Científicas *(aplausos)*, y confiar su Dirección General al Sr. Dr. D. Andrew Balfour, quien desde hace cerca de 12 años tan distinguidos y fecundos servicios presta como Director de los Laboratorios de Investigaciones Tropicales en Kartum. Me causa satisfacción ver hoy al Dr. Balfour entre nosotros. Los elogios que Sir Rickman Godlee me dedica con relación al trabajo de estos laboratorios deberían dirigirse principalmente al Dr. Andrew Balfour. Este Museo Histórico bien podría formar un anexo apropiado y permanente a dicho Instituto de Investigaciones Científicas. Es mi intención que este museo sea una institución permanente. El valor

de la historia para los investigadores es inestimable. El examen de los fracasos tanto como de los éxitos del gran pasado no sólo informa, sino también inspira. En el curso de mis largas investigaciones sobre la historia de la medicina, he llegado a la conclusión de que podemos obtener de los pueblos primitivos gran copia de nociones útiles en el arte de curar y particularmente en la cirugía. En mis viajes entre razas primitivas, he encontrado algunas veces huellas del origen de cosas que generalmente se consideran como descubrimientos del todo modernos. Ciertas cosas que se descubrieron y fueron bien conocidas en edades remotas, luego de perdidas y olvidadas, se han vuelto á descubrir. Algunos descubrimientos de la antigüedad han venido empleándose á través de las edades. El Sr. Dr. Reisner, en el curso de excavaciones arqueológicas en la Nubia, encontró unas tablillas de bambú, bien hechas, de fecha, creo, de unas 2000 ó 3000 años A.C. El Capitán Anderson vió usar tablillas semejantes en el Sur del Sudán, hace algunas años, y yo mismo las he visto usar en las altas regiones del Nilo Azul. Hace pocos días, en la ciudad de Marrakech, al Sur de Marruecos, vi usar tablillas exactamente iguales, y me hice de ellas para este museo. La supervivencia y redescubrimiento de los artefactos de la antigüedad son asuntos sumamente interesantes para el estudio.

Al organizar este museo, mi propósito no ha sido simplemente reunir una multitud de "curiosidades" para servir de diversión. Esta colección está destinada para ser útil á los estudiantes y á todos los que se dedican á trabajos de investigación. He encontrado que el estudio de las cosas en sus principios y fundamentos es de gran utilidad en los trabajos de investigación, y facilita los descubrimientos é invenciones. Me es grato dar á todos Uds. las más expresivas gracias por haberme honrado con su presencia.

Extracto del "British Medical Journal"
de 13 *de Septiembre de* 1913



EL MUSEO HISTÓRICO MÉDICO

El gran interés despertado por el Museo Histórico Médico durante la reciente reunión del Congreso Médico Internacional no ha decaído, y sabemos que el número de personas que visitan el Museo es todavía considerable. Recomendamos á todos los médicos interesados en la evolución de su arte que lo visiten antes del 30 de Septiembre,* fecha en que se clausurará, para volverse á abrir, según creemos, en la primavera. En los números del JOURNAL del 10 de Mayo, pág. 1035, y 28 de Junio, pág. 1379, aparecieron algunas notas sobre el Museo. Desde entonces se han hecho considerables adiciones á la colección, pero el Sr. Wellcome desea hacerla tan completa como sea posible. Muchas familias poseen reliquias, como manuscritos, incunables, diplomas, libros de recetas, cartas autógrafas y otros documentos y objetos relacionados con sus antecesores que se ocuparon en la medicina, cirugía, farmacia y ciencias aliadas, ó coleccionados por ellos. Con frecuencia, á la muerte de los que guardan estas reliquias, se relegan á las guardillas ó se envían á los remates donde se esparcen entre gente extraña que las compra por una friolera, como curiosidades, perdiéndose así para siempre la historia y recuerdo del inventor original ó de la persona que se sirvió de ellas. Nos permitimos sugerir que sería muy bueno que se enviaran estas cosas á ocupar su lugar en el Museo Histórico Médico que el Sr. Wellcome ha establecido ahora en Londres con carácter permanente, donde se conservarían, formando al mismo tiempo un tributo imperecedero al trabajo y memoria de aquellos de quienes proceden. Muchas cosas que son insignificantes y de poco valor histórico por sí mismas, aisladas ó en pequeñas colecciones particulares, llegan á ser de importancia cuando se asocian con series de otras arregladas cronológicamente, y muchas veces proporcionan los eslabones que faltan en la cadena que muestra la evolución de dichas cosas. Un objeto histórico aislado puede compararse con propiedad á una de las piedras de un mosaico, que por sí sola no significa nada, pero que, cuando se coloca en su lugar con otras, forma parte de un cuadro, ayudando de esta manera á completar un duradero recuerdo de un hecho famoso ó de un gran acontecimiento.

---

*El Museo se ha establecido ya con carácter permanente en 54 A Wigmore Street, Londres, W. 1.

